Edición de Madrid.

MADRID.—16 rs. al mes en la Administración del periódico establecida en la calle del Prado, número 7, cuarto principal.—También se suscribe en la librería de Bailly-Baillière, plazuela del Príncipe Alfonso, 16, y en todas las demás principales librerías de la corte.

Miércoles 29 de Junio de 1864.

PROVINCIAS.—19 rs. al mes, 50 trimestre, poniendo el importe en la Administración, ó remitiéndolo en libranzas á la Orden del Administrador, ó mandándolo en sellos del franqueo.—Extranjero 70 rs. trimestre: Filipinas y Antillas y América del Sur, 90 rs. franco de porte. No se sirve suscripción que no se pague previamente.

Núm. 195.

SECCION POLITICA.

EL MINISTERIO DERROTADO POR SI MISMO.

«No nos sorprendería que continuase por ahora el ministerio, aplazándose la solución de ciertos graves asuntos para más adelante; ni que le sucediese un gabinete vicarista enragé, aunque lo consideramos ménos probable; ni que se inaugurase una situación francamente moderada. Nada de esto nos llenaría de sorpresa, porque es nuestro país, de algunos años á esta parte, el país de las anomalías.»

Esto declamos ayer, y los hechos han venido á demostrar la exactitud de nuestros juicios. No nos sorprende que por ahora continúe el ministerio. Pero ¿quiere esto decir que no sea ilógico y extraño sobre manera lo que está pasando? No, seguramente. No nos sorprende, pero nos inspira graves y amargas reflexiones que la prudencia aconseja guardar en el fondo del corazón.

Vamos, sin embargo, á emitir algunas sencillas ideas sobre el asunto que todavía continúa siendo el principal de las conversaciones en todos los círculos políticos.

Temerario y perul nos parece el empeño que demuestran algunos periódicos, asegurando formalmente que no ha existido ni hay crisis ministerial. Sería necesario caer hasta de sentido común, para no creer un hecho tan evidente.

Cerradas las Cortes, terminada la legislatura, era imposible dejar de tratar las diversas cuestiones, más ó ménos importantes, que tenía aplazadas el ministerio, bajo el pretexto de faltarle tiempo para examinarla. Púsose á discusión la relativa al estado excepcional en que se halla la augusta Señora Doña Cristina de Borbon; y, como era consiguiente, surgió en el acto entre los consejeros de la Corona la desavenencia que era natural y precisa, atendidos sus respectivos compromisos y sus contradictorios antecedentes acerca de tan delicado asunto. Cinco ministros opinaron que no hay motivo para impedir el regreso de la augusta Madre de la Reina á este suelo clásico de la hidalguía; y los cuatro restantes manifestaron la opinión contraria.

Cualquiera preguntará naturalmente: ¿qué se ha resuelto? ¿Cuál de las dos opiniones ha triunfado?

Estas mismas preguntas nos hemos hecho nosotros. A la primera es fácil responder con exactitud, diciendo: se ha resuelto no resolver nada. A la segunda no es difícil ni aventurado contestar, afirmando que el triunfo ha sido para los enemigos políticos de la augusta viuda de D. Fernando VII.

Jamás se había ofrecido en las regiones gubernamentales un ejemplo de esta naturaleza. Nunca se habían visto tan desairados los principios de la lógica y los santos fueros de la razón y de la justicia.

Comprendemos perfectamente que, desagradando al gabinete ocuparse en esta cuestión, continuara aplazándola, como ha venido haciéndolo, mientras hallase excusas y frívulos pretextos; lo que no podemos comprender, es que, una vez puesta á discusión, no haya quedado resuelta. Comprendemos perfectamente que, por no causar disgusto á los señores Ulloa, Cánovas, Marchessi, Salaverría y Quintás Pareja, no se apresurase el Sr. Mon, que tantos y tan distinguidos favores, que tantas y tan señaladas muestras de distinción tiene recibidas de S. M. la Reina doña María Cristina, á tratar con ellos sobre la vuelta á España de esta augusta Señora, en cuyo majestuoso semblante está impresa la huella de recientes infortunios, y cuyo magnánimo corazón, lacerado por la desgracia, ansiará el consuelo de estrechar, después de una ausencia tan triste y dolorosa, después de una expatriación tan larga y tan injusta, á su excelsa hija doña Isabel II, cuyo Trono salvó, á fuerza de abnegación y de pa-

triotismo, ayudada de los sacrificios de todo género que á par suya hicieron los partidos moderado y progresista, de los gravísimos riesgos y peligros que lo amenazaron en circunstancias difíciles y memorables. Lo que no podemos comprender, lo que se resiste á nuestra razón, lo que repugna al más vulgar criterio, es que, debiéndose haber alegado por los Sres. Mon, Pacheco, Mayans y Lopez Ballesteros todas las razones de justicia, de alta política, de conveniencia pública y hasta de moral social que aconsejan, que mandan, que exigen, que se allanen todos cuantos obstáculos puedan existir para que digna y decorosamente regrese á España la madre de nuestra Reina, sin embargo, no hayan triunfado por completo esas razones, no haya prevalecido la causa del derecho y de la justicia, no se haya tomado un acuerdo definitivo, nada se haya resuelto.

Ante esta verdad innegable, ante este hecho evidéntísimo, no queremos decir lo que sentimos, al leer en ciertos periódicos estas frases que no calificaremos: «Todas las diferencias que surgieron entre los ministros, han terminado; todas las grandes cuestiones están resueltas; reina en el gabinete una perfecta conformidad en todas ellas.»

¿Qué manera de juzgar es esta? ¿Tan poco respeto merece ya la opinión pública, tan escasos miramientos se deben al sensato pueblo español, que con tanta inexactitud y ligereza se le lanza al rostro, como verdades inconcusas, hechos de todo punto imposibles? ¿Tan falto de sentido común suponen al pueblo español ciertas gentes, que bastarán unas cuantas líneas en un periódico, para que por esto sólo se persuada de que, el aplazamiento de una cuestión tan interesante equivale á su solución? Si está resuelta, ¿en qué términos lo ha sido? Si el Consejo de ministros ha encontrado una fórmula que á todos ellos satisface, ¿cuál es esa fórmula? Si el gabinete ha adoptado un acuerdo unánime y definitivo, ¿á qué se reduce? ¿Se niega por él, á doña María Cristina de Borbon, lo que, como madre de la Reina, tiene derecho á exigir para regresar á España con decoro suyo y sin menoscabo del esplendor y majestad del Trono? ¿Se reconoce la necesidad de obrar por parte de quien correspondía, en este delicado asunto, de la manera que exigen altísimos intereses de índole especial? Responded los que os proclamáis autorizados para hablar de ciertas cosas; tenéis el deber de contestar categóricamente á esta pregunta: ¿en qué sentido ha resuelto por unanimidad el gabinete la cuestión relativa á la vuelta de S. M. la Reina madre? No intentéis eludir la respuesta. Si guardáis silencio, no habrá necesidad de una más elocuente prueba de vuestra ignorancia; y si lo ignoráis, ¿con qué derecho os atrevéis á afirmar que se ha restablecido la calma en el gabinete, por la unidad de pensamiento que reina entre sus individuos?

No lo creemos ni es posible que lo creamos: No es posible que Mon y Cánovas, Mayans y Ulloa opinen lo mismo acerca de la venida de la Reina Madre, bien que la opinión fuese ó favorable ó contraria á los naturales deseos de la augusta Señora y á la demanda que sobre este punto tienen solemnemente formulada los partidos moderado, progresista y democrático.

Creemos que existen en el seno del gabinete dos opiniones contrarias. Y ¿cómo negar que, hasta hoy, ha triunfado el deseo del vicarismo? Si la Reina Cristina fué expulsada por el vicarismo; si ha permanecido forzosamente y contra su voluntad lejos del suelo español, durante los años que para desgracia del país ha regido sus destinos el vicarismo; si ha surgido en el ministerio un largo debate sobre el extrañamiento de la augusta Señora, y no se proclama su decorosa venida cuando fuere su voluntad, y dicen los órganos ministeriales que la cuestión está resuelta, ¿cómo negar que, si se ha resuelto, ha sido en los términos, en el sentido, en

la forma que apetece el vicarismo? Y ¿cómo no han hecho inmediata dimisión los Sres. Mon, Pacheco, Mayans y Lopez Ballesteros? ¿Cómo consenten en hacerse cómplices de una medida que no puede estar en consonancia con sus opiniones, como no lo está con sus antecedentes políticos, con sus compromisos ni con los deberes que les imponen la gratitud, la lealtad y la consecuencia? ¿No han hecho dimisión estos señores ministros? ¿No han adoptado aun esta resolución, que exigiría forzosamente su propia dignidad? ¿Pues entonces, es seguro, es indudable, es evidente, que la cuestión de la Reina Madre no se ha resuelto en ningún sentido.

Pero esos consejos tan largos y tan frecuentes, por espacio de tantos días; esos consejos tan misteriosos ó tan estériles, ¿no prueban absolutamente cosa alguna? Sin duda prueban la muerte moral del ministerio; porque cuando en su seno luchan tan encontradas é inconciliables aspiraciones, y cuando, como preciso resultado de las mismas, se patentiza su impotencia, se hace también patente su derrota, y su consiguiente incapacidad para continuar, con provecho del país, al frente de sus destinos.

LA CRISIS NO ESTÁ RESUELTA.

La crisis está resuelta, dicen los ministeriales. — ¿En qué se conoce? se puede preguntar. — En que subsiste el ministerio.

No nos parece lógico el raciocinio. La cuestión no era de si había de caer ó no el ministerio, sino de si se habían de cerrar las puertas de España á la Reina Cristina, y de si se ha de entregar la situación al vicarismo.

¿Cómo se han resuelto estas cuestiones? La primera ha quedado sin resolverse, puesto que se ha aplazado. Por eso podemos decir que la crisis continúa, bien que no ha llegado la hora del desenlace.

Dice sobre esto El Ancora:

«Pero lo extraño, lo doloroso, es que la crisis provenga de una cuestión que nunca debió dar margen á ella. ¿Quién le ha dicho al gobierno que debe traer sobre el tapete la cuestión de la venida de la Reina Madre? ¿Con qué derecho cierra las puertas de la patria á una señora, que si permanece fuera, es por solo un acto de su libérrima voluntad? ¿Hay alguna disposición judicial, en virtud de la cual se encuentra extrañada del reino doña María Cristina? Creemos que no; pero, si lo contrario fuera, no es el gobierno quien debe cuestionar sobre su vuelta, puesto que, para que esta se realizara, tendría que proceder otra disposición del mismo tribunal anulando la primera. ¿Lo está acaso porque así lo prevenga alguna ley? No la conocemos, pero si existiera, solo por otra ley podría alzarse la condenación que pesa sobre aquella señora. ¿Hay, por ventura, alguna disposición gubernativa que disponga su extrañamiento? Lo ignoramos; y si existe será misteriosa, reservada, pues quizá se pueda asegurar, sin temor de ser desmentidos, que no se le ha dado publicidad.»

Entonces, ¿con qué derecho el gobierno discute sobre un acto para el cual el individuo es libre, absolutamente libre de hacer ó de dejar de hacer? ¿No es la más espantosa arbitrariedad, que el gobierno intente llevar su mano hasta el fuero sagrado de la conciencia? ¿O acaso doña María Cristina es de peor condición que todos los ciudadanos del mundo, puesto que á ella solo se niega lo que á ningún otro se le podría impedir?

Y en tanto el gobierno se ocupa de cuestiones que no le competen: cuestiones que muy bien pueden llamarse chismes de vecindad, olvida lastimosamente los sagrados intereses del Estado. ¡Pobre y trabajada nación puesta en manos de tantas maldades, de hombres de tan pequeño corazón que por tan poca cosa se asustan!

Y venga en buen hora la Reina Cristina; no somos nosotros partidarios suyos, ni mucho ménos, sus admiradores; por el contrario, somos sus enemigos en política y para nosotros nunca será otra cosa, que una persona más á quien combatir, en el caso de que aquella señora quisiera á continuar desempeñando una parte activa en la política que representa. Pero enemigos leales, nos tendremos de frente, la combatiremos sin tregua ni descanso, pero con nobleza, mas no por eso nos oponeríamos nunca á su venida.

Somos ante todo amigos de hacer justicia, y no nos ciega el odio, no nos dejamos arrastrar por preveniciones de ningún género, no hacemos política de circunstancias, no podemos imitar la con-

ducta de aquel ingrato de esos enballeiros, que hoy hacen de la mencionada señora, una excepción de la humanidad entera, cuando antes se prosternaban humildes á sus pies, invocando una mirada de compasión.

Ahí los tenéis, españoles, ahí tenéis los hombres que disponen de vuestros recursos, de vuestro porvenir, ahí tenéis el gobierno que encierra en su mano la suprema dirección... juzgado.

La Democracia trata de lo mismo, estableciendo el siguiente dilema:

«¿Hay sentencia judicial que prive de la residencia en el país á la Reina Madre? El gabinete no podría deliberar en este caso. Al poder ejecutivo no le toca más que guardar y hacer guardar las decisiones de los tribunales. ¿No hay sentencia judicial que decida el caso? Entonces, ¿qué obstáculos puede haber para que la Reina Cristina regrese á España que no partan de la voluntad del mismo gobierno? ¿Y si los obstáculos no pueden partir más que de la voluntad del gobierno, y la voluntad del gobierno es benévola, y en su nombre se declara que ninguna prohibición hay de que la Reina Cristina venga cuando lo tenga por conveniente, ¿por qué la Reina Cristina no viene?»

Mientras pueda presentarse tan terrible dilema, no es sólo el gobierno el que está en crisis; ésta alcanza á la sociedad entera.

El Pueblo trae un notable artículo sobre la misma cuestión, que publicamos íntegro, y dice así:

«Hace algún tiempo que estamos presenciando un fenómeno digno de estudio, que no comprendemos, que no podemos explicar.»

Y es muy de notar que la causa de ese fenómeno suelte casi siempre tomar la forma de una elevada persona, para unos de triste recordación, para otros de almas permanentes, para muchos de torcedor de su conciencia, y para los más de perfecta indiferencia.

¿Qué pasa, repetimos, en las regiones oficiales, que en cuanto se pronuncia el nombre de Doña María Cristina, al punto se deja or por todas partes la palabra crisis? ¿Quién desea y quien se opone á que esta señora regrese al seno de su patria adoptiva? ¿Que significa hoy en política este regreso, para que los ministerios moderados, y muchos de los más ardientes y antiguos defensores de la Madre de la Reina, se opongan á su realización? ¿Cuándo dejó de ser Doña María Cristina el alma y el apoyo más firme del partido conservador, y el amparo del clero? Han cambiado sus ideas políticas? ¿Ha espermeado en los últimos años de la vida alguna de esas brillantes y salvadoras revelaciones que vaporizan el alma é iluminan la razón? ¿Qué pasa?»

Nada sabemos de positivo; más no por eso es ménos cierto que la cuestión del regreso á España de Doña María Cristina, viene siendo desde algún tiempo la cuestión batallona para todos los ministerios, y una intranquilidad para los hombres más importantes del moderantismo.

Nosotros los democratas, que no personificamos las ideas, que no damos la suerte de la humanidad al criterio de ninguna celebridad política, tenemos toda la independencia é imparcialidad necesaria para juzgar de los hechos por los hechos mismos, y deducir de sus consecuencias el pensamiento que aquellos entrañan. Bajo este punto de vista, y teniendo muy presente la escasmísima libertad que hoy disfruta la prensa, vamos á indicar alguna de las reflexiones que naturalmente nos sugiere el indefinido destierro de la duquesa de Rianares.

Todo el mundo recuerda el real decreto que en el año 51 se publicó en la Gaceta, siendo ministro de la Guerra el general O'Donnell, en el que se espulsaba del territorio español á doña María Cristina de Borbon, y el célebre manifiesto que esta señora dió desde Portugal.

El expediente que al efecto se formó, sufrió la suerte de muchos otros expedientes, es decir: que en el espacio de dos años que duraron aquellas Cortes, no se concluyó, porque nada se pudo averiguar de positivo, y doña María Cristina, ni quedó absuelta, ni condenada. ¿Por qué?

El general O'Donnell lo sabrá mejor que nosotros. Mas ¿por qué, si nada resultó probado contra doña María Cristina, continuaron para ella cerradas las puertas de España, después de la contrarrevolución del 56?

«No se anuló todo lo hecho por las Cortes constituyentes? ¿No se restableció de nuevo la Constitución del 45? Temia, por ventura, el ministerio O'Donnell que la duquesa de Rianares, una vez en España, buscase á su vez en las leyes el agravio de los perjurios de todas clases, ó que la conducta de D. Leopoldo le acusase, ó que pensaba O'Donnell que doña María Cristina influiría para crear una situación más reaccionaria que la suya?... Esto último no nos parece probable, porque el general O'Donnell, en punto á reacción, fué hasta los miserables tiempos de los Carlos y los Felipes. ¿Cuál era, repetimos, y no nos cansaremos de repetir, la razón que se oponía al regreso á España de la madre de la Reina, mandando los unionistas? El general O'Donnell lo sabrá.

Pero hay que advertir que no es sólo este personaje político el que está iniciano en el misterioso fenómeno que venimos señalando, puesto que, después de su caída del poder, han existido varios ministerios, y entre ellos uno que se llamaba moderado histórico; y sin embargo, ninguno de ellos abrió las puertas de la patria á la proscripta.

Y ¡para contraste! mientras la mayor parte de los hombres que formaban la corte de Onate ocupan los más altos puestos de la nación; mientras los rebeldes que alzaron y sostuvieron con las armas en la mano el pendón del absolutismo en Navarra, Aragón y Cataluña, lucen hoy enforchados y grandes cruces en las faldas del ejército constitucional; mientras que se ha derogado una ley del reino que destituyó á los infantes de España, reabiertos de sus títulos y altas dignidades, y los condena á perpetuo destierro, los moderados mantienen cerradas las puertas de la patria para la ex-regente, su antigua protectora.

¿Qué ingratos son los moderados, y sobre todo qué inconscientes! Ellos, que tan rudemente apostrofaban á los liberales que en 1840 subieron al poder, acusándolos de ingratitude y de perfidia, porque no se sometieron con cristiana resignación al regimen reaccionario del gobierno de la regente; ellos, que presentaron á doña María Cristina á los ojos del mundo como la víctima más noble y desgraciada; ellos, que buscaban en las cortes extranjeras medios reprobados por nuestras leyes y por el sentimiento del patriotismo, para reponer á la ex-regente en el alto puesto que había abandonado; ellos, que no tuvieron el menor escrúpulo en hacer del nombre de Cristina una bandera de insurrección para derrocar al gobierno legalmente constituido; ellos, en fin, que después de esa rebelión recibieron con palmos y ramos de olivo á la ex-regente á su vuelta del extranjero, son los mismos que después del 51 la han considerado sin duda como un peligro para España, puesto que no han consentido en su regreso á esta.

Si semejante conducta la observásemos los democratas ó los progresistas, nada tendría de particular; mas tratándose de los moderados, de los *enfant gâté* de aquella señora, ¿no es realmente una cosa incomprensible, inaudita, fuera del alcance de los cálculos humanos?

¿Qué significa, pues, el regreso á España de doña María Cristina de Borbon?

¿Quién exige su venida?

¿Qué poderosas influencias se oponen á ella?

¿Qué misterio es este?

¿Qué pasa?»

Más adelante añade nuestro justo colega:

«Si llega la crisis á consecuencia de si ha de venir ó no la Reina Madre. Parece mentira que la venida de esta señora sea la causa de una crisis mandando los moderados, que tanto la deben.»

Doña María Cristina debe venir á España, si le dá la gana de hacerlo. El oír venir á ella es un acto de verdadera tiranía, que *El Pueblo*, diario democrático, condena y condenará con todas sus fuerzas.»

La cuestión ha variado su aspecto. Supongamos, á pesar de lo que hemos dicho, que la crisis ha terminado. Durante ella podía esperarse fuese la decisión conforme al derecho: con la resolución contra él no habrá crisis, pero habrá peligros de grandes catástrofes. Siempre los hay cuando no impera la justicia.

LA CUESTION DEL PERU Y EL SR. PACHECO.

Ayer se habrá enviado á nuestros representantes en América, lo mismo que á los de Europa, la circular escrita por el Sr. Pacheco y aprobada en Consejo de ministros, en que se expone todo el pensamiento de España en nuestra cuestión con el Perú.

Así dice un periódico ministerial; pero nosotros replicáremos que en esa circular irá expresado todo el pensamiento del gobierno. ¿Podrá decirse que va expuesto todo el pensamiento de España?

Se publicará en la Gaceta el documento de que se trata, ó sucederá como siempre, que le conoceremos por los periódicos extranjeros?

En verdad que en la cuestión del Perú estamos viendo más de una anomalía y más de una coincidencia, si se recuerda lo que ocurrió al Sr. Pacheco con el Sr. Calderon Collantes cuando volvió de Méjico, y lo que ahora acontece entre el Sr. Pacheco y el Sr. Salazar.

Marquemnos estas coincidencias, prescindiendo por hoy de las anomalías.

El Sr. Pacheco fué expulsado de la república mejicana y casi atropellado por el presidente Juárez.

El Sr. Salazar ha sido insultado en el Perú y cor-

tió y puso en el de Enrique, estrechó las manos de éste y se alejó; Enrique se llevó la virgen á los labios y al ver salir á Blanca cayó abatido en el sillón.

CAPITULO X.

Por qué algunas veces los recuerdos son tan dulces como la esperanza.

Cuatro horas después, Blanca caminaba para Segovia; triste y resignada iba la pobre niña. Enrique estaba todavía en el sillón; había pensado mucho; pero había padecido también mucho con sus pensamientos. No podía imaginarse ingratitude en la reina doña Juana; pero sin embargo, muchas veces al sólo pensar de que podía querer á otro, su rostro se encañaba, sus venas se dilataban, y todos sus miembros se ponían en movimiento; tan poco creía ninguna trición en D. Luis Menloza, que tanto en éres se había tomado por él, y Blanca empero le había dicho que Menloza la había exigido que guardara el secreto de no decirle que la reina se casaba con el de Portugal.

Otra idea también le asaltaba y era si la reina sabría ya su casamiento con el de Portugal, y ella habría consentido sin decirle á él nada. ¿Cuánto deseaba entonces que la herida que tenía hubiera sido mayor, para que le privara de la existencia que tan odiosa le era! Mil veces estuvo tentado de abrirse la vena y dejarse así morir... ¡Aquellos recuerdos que tanto Blanca se había afanado por cerrar!

Pero la venganza de su padre y el amor que tenía á la reina, le hacían desear la vida. Al anochecer sería cuando, mortificado por tantos pensamientos, dejó caer la cabeza sobre el alto respaldo del sillón.

Acababan las monjas de rezar las oraciones, cuando una de ellas entró á preguntarle de parte de las abadesas, si necesitaba alguna cosa. Enrique se repuso, é incorporándose, le contestó:

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LA HIJA DE UNA REINA,

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

por D. EDUARDO MAROTO.

TOMO SEGUNDO.

(Continuacion.)

—Enrique, ¡por piedad! no me digais eso; ¿qué queréis exigir de mí, que no me marche? pues lo tendréis; entraré mi padre aquí y no me separaré de vuestro lado, sino llevándome á la fuerza; más no me digais que soy ingrata con vos, porque entonces me moriría de pesar; sólo tendré en mi desventura vuestros recuerdos amistosos, con ellos viviré tranquila.

—Perdonadme, Blanca, pero ya os he dicho otras veces que no he tenido nadie que consuele mis penas y que sólo vos érais la única que lo habeis hecho. ¿Cómo no queréis que sienta vuestra ausencia y que me resienta por ella? Es un egoísmo, ya lo sé, mas para querer es preciso ser egoísta, vos habeis sido mi madre, mi hermana, sí, Blanca, yo hubiera querido á mi madre como os quiero á vos.

Blanca bajó la cabeza, aquellas palabras habían herido su corazón, y Enrique la había dicho lo que sentía, porque no podía decirle otra cosa.

—Adios, Enrique, le volvió á decir sin atreverse á mirarle.

Enrique conoció su resentimiento y también cómo no podía satisfacerle; pero no quería pronunciar las palabras que no sentía su corazón, y luego la quería demasiado para engañarla; así que, apretando la mano que aún tenía entre las suyas, la contestó:

—Blanca, os marchais y me dejais solo y acaso

os vais enfadada conmigo que tanto os quiero... ¡oh! me haréis morir de tristeza si es así; me habeis profesoado un cariño de hermano y ahora os marchais resentida... ¿qué os he hecho yo? ¿No os he querido? ¿No os quiero? ¡Pero soy demasiado desgraciado! El cielo quiere que sin vuestros cuidados que me faltarán cuando me abandonéis, esta herida mortal que habeis logrado vos cerrar, se abra otra vez y la cura será imposible.

Enrique que se había puesto de pie cuando Blanca entrara, se dejó caer en el sillón abatido y sin fuerzas; sus ojos se cerraron y una palidez horrorosa cubrió su rostro; Blanca se arrojó á sus pies y estrechando sus dos manos, le dijo:

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡por Dios! no os pongais peor cuando yo os tengo; que dejar, no me deis el sentimiento de creer que mis cuidados no os han servido de nada; yo me quedaré si queréis, pero tengo que desobedecer á mi padre que me maldecirá porque ya lo ha hecho otra vez, miradme aquí á vuestros pies llorando, no atormentéis más mi corazón.

Enrique hizo un esfuerzo violento para reponerse, y abriendo los ojos, la contestó con dulce sonrisa:

—Inocente Blanca, no padezcáis por mí; vos sois bella y virtuosa y podeis ser feliz; de nada servirá que os intereseis por la suerte de un desgraciado que está condenado á sufrir toda su vida; obedeced á vuestro padre; sólo os pido que tengais algún recuerdo mio.

Blanca se levantó, estrechó fuertemente las manos de Enrique que abrazaba, y fué á retirarse sin hablar, pero al hacerlo se encontró clavada en el suelo, además que le quedaba una cosa en su corazón que no podía alejarse sin decirle... ¿Y cómo hacerlo estando tan débil y con tantos sentimientos á la vez? La pobre Blanca padecía horrorosamente, quería hablar y no podía; hizo un esfuerzo extraordinario, soltó las manos de Enrique, murmuró un débil adios, y se salió del cuarto, pero al

llegar á la puerta, oyó la voz de Enrique que la llamaba; volvió la cabeza involuntariamente, y al verle con los brazos extendidos hacia ella, se paró, ocultó su rostro entre las manos, y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Cuánto padezo!

—¡Blanca! dijo Enrique amargamente.

Blanca dió un paso hacia él.

—¡Te marchas, prosiguió, sin darme un beso de hermano?

Blanca corrió á los brazos de Enrique: éste la estrechó y besó sus sonrosadas mejillas. Blanca inundó de lágrimas el rostro de Enrique, y ocultando su llanto, huyó atemorizada. Enjugó antes de entrar en su cuarto las lágrimas que corrían por su cara, y disimuló la turbación de que estaba llena. La abadesa esperaba ya, y cuando Blanca entró, le dijo:

—Hija mía, todo está ya dispuesto: vuestro padre os espera.

—Cuando queráis, madre mía, la contestó Blanca con resignación.

Salieron de allí y fueron al locutorio, donde el marqués las esperaba impaciente.

—Aquí os entrego á vuestra hija, le dijo la abadesa, lo mismo que vos me la disteis.

El marqués no respondió: sacó de su bolsillo una caja llena de oro, y se la dió á la abadesa para el convento; después, dirigiéndose á su hija, le dijo: —Blanca, dá el abrazo de despedida á la que te ha servido de madre y de maestra.

Blanca abrazó á la abadesa y ésta la besó en la frente. Luego el marqués la cogió de la mano, y le dijo: —Vánc, hija mía.

Blanca se dejó conducir como la tímida oveja que va á sufrir la muerte; mas antes de salir del convento, cruzó por su imaginación un pensamiento cruel: apretó su frente, y saltándose de la mano de su padre, le dijo: —¡Esperad! ¡Esperad!

El marqués no se atrevió á oponerse, y Blanca

volviendo al cuarto de Enrique, entró precipitadamente; éste salió del abatimiento en que había caído cuando la viera alejarse.

—¡Todavía aquí, Blanca! ¡Todavía! la dijo levantándose.

—Sentáos, le contestó Blanca aparentando serenidad, que no tengo más que un momento para hablaros, y he de hacerlo de muchas cosas, pues no puedo guardar la palabra que prometí.

—Tened ánimo que voy á decir os una cosa triste para vos.

Blanca cogió una de sus manos; Enrique temblaba.

—Sabed, le dijo contentándose los latidos de su corazón, que Mendoza estuvo á veros y que me hizo prometer un secreto que yo no puedo cumplir porque haría vuestra desgracia, y ya que soy yo desgraciada no quiero que lo seais vos.

—Hablad por Dios.

—La reina doña Juana, murmuró Blanca acercándose más á Enrique, será ya á estas horas y sino dentro de poco, esposa del rey de Portugal.

—¡La Reina! exclamó Enrique apretándose la frente y cayendo sin sentido sobre el sillón.

Blanca le comenzó á hacer aire para que volviese en sí: mas Enrique se agitaba horrorosamente; Blanca sintió que le faltaban las fuerzas y no sabía que hacerse; buscó uno de los elixires que el médico había puesto á su disposición para los desmayos, y haciéndosele oler le hizo recobrar la razón.

Enrique dió un profundo suspiro y abriendo los ojos miró á Blanca con tristeza.

—Veis, la hija, soy muy desgraciado, huid de mí porque también lo seréis vos. Blanca meneó la cabeza en señal afirmativa.

—Pensad en mí, le contestó, cuando seais muy desgraciado, y quedad con Dios que mi padre me espera.

Blanca arrancó una virgen que llevaba al pecho

ruido grandes peligros en Panamá, á donde le siguió una turba de peruanos y negros, destacados de Lima.

El Sr. Pacheco presentó la dimisión de su cargo de embajador, y el Sr. Calderón Collantes le destituyó por medio de un decreto sin ejemplo en los fastos de la diplomacia.

El Sr. Salazar dimite su cargo de ministro de España en Bolivia y de comisario cerca del Perú, y el Sr. Pacheco desaprueba la conducta del ministro-comisario en pleno Parlamento.

Véase, pues, que el Sr. Salazar ha sido para el actual ministro de Estado la víctima propiciatoria que éste tenía necesidad de inmolarse, diciendo sin duda para sus adentros:

Archivo son pittore.

Examinemos ahora las diferencias entre el señor Salazar y el Sr. Pacheco.

Esté, como senador, pudo en 1861 pronunciar aquellos discursos que tenemos á la vista, y en los cuales, al despatcharse á su gusto, según vulgarmente se dice, hablaba de las cuestiones de África, de Santo Domingo, de Venezuela, de Méjico, de Italia, etc., etc., en unos términos opuestos, completamente opuestos, al *quiesitio beato* que guarda ahora como jefe de la cancillería española.

El Sr. Salazar no es hoy diputado y no ha podido vindicarse; pero el ministerio, curándose en salud, por si acaso, suspende las sesiones, no fuera que algún representante del país tomara la demanda del Sr. Salazar y provocara explicaciones que pertenecían al presente al dominio de los más recónditos secretos oficiales.

Ahora se anuncia el envío de la circular diplomática; pero no se sabe si se publicará en la *Gaceta*, con cuyo motivo todo el mundo se acuerda de las célebres notas inglesas de que nos dió noticia la *Gaceta de Londres*, y halla muchos puntos de contacto entre los Sres. Pacheco y Calderón Collantes.

Si nuestros lectores pueden haber á las manos los discursos pronunciados por el primero en el Senado en Noviembre de 1861, apresúrense á repararlos, seguros de que han de hallar allí elocuentes enseñanzas y elocuentes pruebas de lo que influyen en el ánimo de los hombres consecuentes el trascurso del tiempo y la posesión de una cartera, servida otros días bajo la presidencia del duque de la Victoria, y aceptada, *vel quasi*, á las órdenes del duque de Valencia.

Y si los lectores recuerdan que para que fuera el Sr. Pacheco á Méjico, se creó expresamente aquella embajada y se dotó con 20 ó 25,000 duros, que algunos hicieron llegar á 40,000, porque por entonces se dijo en varios periódicos y luego lo confirmó el mismo Sr. Pacheco, que éste era el único medio de que se alejara de Madrid y no hiciera la oposición al señor duque de Tetuan, tendrán un cuadro acabado y completo que no deja nada que desear.

Aquí llegábamos, cuando recibimos *El Comercio* de Cádiz, correspondiente al 26, en el cual se inserta un artículo sobre la cuestión del Perú, digno de ocupar un lugar preferente en nuestras columnas.

Dice así: «Sin aceptar nosotros las opiniones del Sr. Pacheco sobre la conveniencia de que los españoles sean completamente extranjeros en los estados hispano-americanos, tan extranjeros como los ingleses ó los franceses, convenimos desde luego con su señoría y con el gobierno de S. M. en que la independencia de la antigua América española es y debe ser para nosotros un hecho irrevocablemente consumado. España no tiene ya en ella territorio que convenga conservar, ni en conquistar imposibles y absurdos, los cuales serían, de seguro, una causa de empobrecimiento para nuestro país.

Y sin embargo, nosotros que pensamos de esta manera y que aplaudimos, por tanto, la política desinteresada del gobierno de S. M. en América, hemos creído, y todavía seguimos creyendo que era un mal, y un mal grave, desaprobar, como ha desaprobad el gabinete actual, la conducta de los señores Salazar y Mazarredo y Pinzon en cuanto á los motivos por los cuales se posesionaron á nombre de España de las islas Chinchas.

Porque los señores Salazar y Pinzon invocasen el derecho de reivindicación para adoptar aquella medida, no ha podido ni ha debido suponerse, nunca que su objeto fuese establecer, con detrimento de la independencia y de la soberanía del Perú, una colonia española en el Pacífico. No hay más que leer el *Memorandum* del Sr. Salazar y Mazarredo, para comprender cuán lejos estaba nuestro enviado á la república peruana de arribar á esos de conquistas, ni de atribuir á España ó á su gobierno semejantes deseos, semejantes intenciones.

El derecho de reivindicación se invocaba por vía de resalva, para hacer entrar en razón al gobierno de Lima. No se le decía que España quería apropiarse, como suyo, una parte del territorio del Perú. Lo que se le decía era una cosa muy diferente. Se le decía que el Perú debía satisfacción á España por los agravios que ha hecho á nuestro país y á nuestros compatriotas, y que debía, por consiguiente, recibir con su carácter diplomático, á la persona encargada por el gobierno español de formular sus reclamaciones. En qué se fundaba el gobierno peruano para no admitir con aquel carácter al Sr. Salazar y Mazarredo? No se fundaba en el hecho de no haber relaciones diplomáticas entre los dos países, en el hecho de no haber llegado á ser reconocida por nosotros la nacionalidad y la independencia del Perú? Pues bien; decían los Sres. Salazar y Pinzon, en ese mismo hecho nos fundamos nosotros, de ese mismo hecho partimos para ocupar las islas Chinchas. He aquí la reprensión.

España es vuestra antigua metrópoli: de derecho no dejado de serlo todavía, á pesar de que desea y ha deseado siempre reconocer vuestra independencia. ¿Haberis querido alejar el día en que el hecho de vuestra independencia pudiera convertirse en derecho, desdichado así á la nación noble y generosa cuya amistad debierais ambicionar? ¿Queréis ahora sacar partido de esta misma circunstancia para no escuchar siquiera las reclamaciones de vuestra antigua madre patria? ¿Queréis ganar tiempo para reunir elementos de fuerza contra ella, haciendo un empréstito con la garantía de vuestras islas Chinchas? Pues España reivindica ese derecho que por culpa vuestra conserva aún y que os sirve para eludir el deber en que estáis de dar pronto satisfacción á sus quejas, y en virtud de él ocupa las islas, y las ocupará hasta que hayais accedido á sus justas reclamaciones.

Esta es la cuestión: así está planteada en el Perú. ¿Pero se ha planteado mal? No ha debido invocarse el derecho de reivindicación? Pues entonces, dirá el gobierno peruano, ¿cuál otro derecho invocáis para ocupar una parte de nuestro territorio? ¿Teneis reclamaciones que haceros? Nosotros no las hemos rechazado todavía. No hemos despedido de vosotros más que en una cuestión de trámite. Formulad vuestras reclamaciones; pero no hagáis uso de la fuerza absoluta negativa, y sobre todo no pongáis con una mano nuestro territorio, si es verdad, como no ha precedido, en efecto, una declaración de guerra.

¿Qué se responde á esto? Surgen ahora nuevos motivos de queja con motivo de las gravísimas ofensas de que el Sr. Salazar y Mazarredo ha sido objeto en su viaje. —Y bien dirá también el gobierno peruano, si vosotros, gobernantes de España, reconocéis que el Sr. Salazar

y Mazarredo ha atentado, contra toda razón y contra todo derecho, á la independencia del Perú, como extrañais que aquí se haya indignado el país y que, en medio de esta excitación de los ánimos, haya habido personas que llevasen demasiado lejos las consecuencias de su indignación?

Yo condeno esos escoscos, esos conatos á cometer crímenes que nadie puede aprobar; pero reconozco vosotros también que la culpa principal es de vuestros agentes, porque vuestros agentes son los que han provocado las iras de la nación, las iras de la multitud.

Volvemos á preguntar, ¿qué se responde á esto? Y he aquí cómo en nuestra humilde opinión las declaraciones que el Sr. Pacheco acaba de hacer en la alta Cámara, de la desamortización al gobierno, en el terreno de la razón y del derecho, para exigir que el Perú, mientras no le devuelvan las islas Chinchas, acceda á nuestras reclamaciones.

Aquellas islas no han podido ser ocupadas sino en virtud del derecho de la guerra, ó reivindicando el derecho de soberanía que tuvimos sobre el Perú, y que por culpa del Perú conservamos aún. En guerra no estamos todavía con la república. ¿Qué va á decir el gobierno español para justificar su política agresiva, para justificar lo que es y no puede menos de ser un acto de guerra, desprovisto de haber él mismo rechazado el derecho de reivindicación, el único derecho que hemos podido invocar en justificación de nuestra conducta?

POLÍTICA PACÍFICA DE INGLATERRA.

Entre las noticias que nos trajo ayer el telégrafo sobre la situación política de Europa con respecto á la cuestión dano-alemana, descuellan en primer término la de haber el gobierno inglés declarado terminantemente en el Parlamento que la Inglaterra no tomará parte en la guerra en favor de Dinamarca, en vista de cuya declaración la oposición se disponía á proponer el jueves 30 del corriente un voto de censura contra la política general del ministerio.

Esta manifestación explícita del gabinete británico, en presencia del espíritu de simpatía hacia Dinamarca de que parecía hasta ahora hallarse animado el pueblo inglés, es un hecho muy significativo que prueba en nuestro concepto, que había mucho de ficticio y exagerado en esos arranques belicosos que se observan en los *meetings* y de que se hacen eco algunos periódicos de Londres.

Cuando un ministerio presidido por lord Palmerston, uno de los hombres de Estado más populares de Inglaterra, se ha pronunciado tan resueltamente en favor de la neutralidad, sin temor á la oposición del Parlamento, es bien seguro que cuenta con el apoyo de las clases más influyentes y con la mayoría de los representantes del país. Varios de los principales órganos de la prensa vienen ya aprobando la política de paz, y censurando la tenacidad de Dinamarca en no ceder á las proposiciones razonables que se le han hecho.

Todo, pues, hace creer que el ministerio saldrá victorioso de la prueba á que quiere sujetarlo la oposición, y que continuará en su puesto, observando los acontecimientos de la lucha que ha vuelto á empezar desde ayer en las orillas del Báltico. El gobierno inglés parece resuelto á dejar que Dinamarca sufra las consecuencias de su obstinación, perdiendo, como es casi seguro sucederá, todo su territorio continental, es decir, los Ducados y la Jutlandia, con lo cual es probable se dé por satisfechas las potencias alemanas; pero si estas tratasen de querer consumir la ruina total de Dinamarca atacando las islas y tomando á Copenhague, entonces es probable les pondría un reto la Gran Bretaña, que podría dar margen á ulteriores complicaciones.

Nosotros creemos que Dinamarca abandonada á sus solas fuerzas no podrá resistir mucho tiempo á los ataques que van á dirigirse las numerosas huestes alemanas y se verá precisada á comprar la paz al precio de grandes sacrificios, si no quiere perderlo todo, desengañada la como debe estarlo de que nada tiene que esperar de ninguna potencia.

Todas las corresponsalías de Londres convienen en que Inglaterra ha temido mucho en esta ocasión aventurarse á la ligera en una guerra contra toda la Alemania; pues que, o comerciante antes que todo, ha tomado en cuenta los grandísimos perjuicios que sufrirían los cuantiosos negocios mercantiles que el comercio inglés tiene pendientes en los grandes puertos alemanes del Báltico.

Por último, parece que en Londres reina gran disgusto en la opinión pública con motivo de la actitud del emperador Napoleón que deja á su alianza sola en medio del conflicto con Alemania, sin duda con ánimo de aprovecharse de las circunstancias favorables que podrían presentarse para llevar á cabo sus planes secretos si la Inglaterra se hubiese dejado arrastrar á tomar parte en la lucha á favor de Dinamarca.

Nada nos ha anunciado ayer el telégrafo sobre operaciones militares en el teatro de la guerra; pero no puede tardar en saberse algún movimiento importante por parte del ejército prusiano que parece se hallaba concentrado en el Norte de Jutlandia, pronto para atacar las líneas dinamarquesas.

La carta del Sr. Argüelles, que publicamos ayer, es el incidente más curioso y notable de la cuestión que ha venido á complicar, cuando estaba destinado á favorecer las particulares miras del señor general Dulce.

Dice el Sr. Argüelles desde el castillo del Morro, que una de las cosas que le decidieron á volver voluntariamente á la Habana (traslado al *marshal* Murray que le sacó en volandas de Nueva-York), es el haber sabido que los armadores de la expedición de Cienfuegos se hallan presos y bajo la ley. Esta noticia debió comunicársela al Sr. Argüelles el polizote Murray, para desvanecer sus últimas dudas acerca del viaje voluntario, si ya no es que la supo de boca de alguno de los cuatro guardianes que le sirvieron de escolta hasta la isla de Cuba, ó que la ha recibido por el autorizado conducto de algún carcelero del Morro.

La verdad es que los conductores de la expedición capturada por el Sr. Argüelles, cuyos nombres conoce ya el público, Vergara, Carreras y Goiry, se pasearon por la Habana, sin que nadie les molestase, y que uno de ellos ha estado hace poco en Londres, con el objeto de adquirir otro vapor, para dar nuevo impulso á la línea que sostiene el tráfico de *ebano* entre la costa de África y la isla de Cuba. A su tiempo publicaremos el nombre del mencionado buque, á ver si el gobierno se toma al fin la molestia de decirnos en qué se ocupan el *Ciceron* y el *Elvira*, y cuál es el puerto donde están abandonados.

Nosotros, pobres periodistas de oposición y que como tales no recibimos embajadores extraordinarios del general Dulce, estamos á oscuras en cuanto á los negocios de Cuba se refiere; así que no acertamos á acompañar dos cosas, á saber: la salud persecución de la trata que nos pintan con májicos colores los periódicos de Vicálvaro y el establecimiento de una línea de buques de vapor para hacer la trata en grande escala. Cuando los negreros, según la misma parte de la prensa, eran per-

seguidos débilmente por los prohombres de nuestros colegas, los generales O'Donnell, Concha y Soriano, sólo se atrevían á emplear en su odioso comercio buques viejos y de poco porte, cuya pérdida en todo caso representase una cantidad insignificante; hoy que el general Dulce deporta á los ciudadanos pacíficos, por supuesta convivencia en la trata; hoy que se quiere suponer que no hay piedad para los negreros, estos cándidos señores compran hermosos buques de vapor, lo cual no ha sucedido jamás, y se esponen á perder en un día un capital enorme.

Presentamos este problema al Sr. Ballesteros, ministro de Ultramar, para que lo resuelva satisfactoriamente.

No se crea que la cuestión más grave está resuelta, dado caso que lo estuviese la primera que en Consejo de ministros se ha tratado. Toca su vez á la de personas. ¿Cuáles serán las favorecidas? ¿A quién tocará ser víctima para dejar vacante á quien se juzga con más derecho para ocupar un puesto en la situación?

Ha sonado para muchos la hora del desengaño.

Es indudable que la política ha quedado tan enmarañada como estaba. Una sola cuestión se ha tratado en Consejo de ministros: la de la Reina Madre, y el gabinete no ha podido resolverla. Dice un periódico ministerial que aquella señora puede venir cuando guste, en cambio otro periódico ministerial, *La Política* trae anoche un fuerte artículo contra ella. En vista de esto podemos preguntar ¿qué se ha resuelto?

Parece que en la Habana se han reunido varios comerciantes y ricos propietarios, y han comprado una fragata, la cual, después de haberla hecho blindar, la han puesto á disposición del gobierno español, con el objeto de que pueda aumentar nuestra escuadra del Perú.

Este es un rasgo de patriotismo digno de la mayor alabanza.

De Logroño dirigen á un colega la siguiente carta:

«No se cansen V. en preguntar; no puedo decirle lo que desea. El duque se ha envuelto en la más absoluta reserva sobre lo que ha pasado entre él y el marqués de los Castillejos. Si alguno sabe algo es el Sr. Montesiño, que ha pasado á esa para un asunto del ferrocarril de Bilbao, y quizás—no lo aseguro—con el encargo de avistarse con las personas de la mayor intimidad del duque. Cuando ha llegado aquí la noticia de los periódicos, de que Barterro había quedado en obrar de acuerdo con Prim, el duque nada ha dicho en contrario, pero tampoco lo ha confirmado, contentándose con manifestar que nadie puede referir, con razón, lo que ha pasado entre ellos. De la reconciliación nada más he hablado, y aquí se supone (suposición nada más, porque nadie lo sabe de cierto) que Prim ha ido á hablar á Olózaga, cuando más, de lo que piensa el duque sobre las cuestiones del partido.»

Comentando anoche *El Pueblo* las contradicciones en que ha incurrido el Sr. Pacheco al desaprobar la conducta de los Sres. Salazar y Pinzon, escribe las siguientes líneas:

«Quien espere otra cosa de la política ministerial, chasco se lleva. Hoy aparenta firmeza el gobierno, porque ha visto que el autócrata francés no arruga el entrecejo por lo hecho en el Perú; mas en el momento de recibirse la noticia del hecho, el ministerio temió sin duda ante la idea del enojo bonapartista, y su primer cuidado fue desaprobar la conducta de los Sres. Salazar y Pinzon. ¿Qué poca dignidad y qué poco patriotismo revela tan injustificable conducta!»

Habiendo dicho un periódico que el general O'Donnell es la pesadilla de los puros y de los demócratas, contesta *La Discusión*:

«No es sólo este caso, colega, es algo más. Es la pesadilla de la ley, porque ni tiene empachos de legalidad, ni entiende de leyes. Es la pesadilla de la ordenanza y de la disciplina, porque se sublevó en 1841, en 1843 y en 1854. Es la pesadilla del orden judicial, porque suspende de real orden sentencias ejecutorias. Es la pesadilla de la honra nacional, porque paga la Denda del 23 y nos humilla con la expedición á Méjico. Es la pesadilla del crédito público, porque autoriza bajo su mando el más escandaloso de los desfalcos. Es la pesadilla de la imprenta, porque tolera la más absurda y violenta persecución. Es la pesadilla del régimen electoral, porque trae Cortes de real orden. Es la pesadilla de las cosas santas, porque autoriza y consiente la exhumación de cadáveres. Es la pesadilla de la ciencia, porque manda quemar públicamente los libros. Es la pesadilla de la justicia, porque formó tribunales extraordinarios é incompetentes, y manda ejecutar sus sentencias capitales. Es la pesadilla de la moral política, porque hace de esta un vil comercio, y compra ombres y corrompe con eso y con puestos públicos á los partidos.

«¿Qué más puede ser el general O'Donnell? ¡Ah! Ya lo recordamos, un beato que lleva cirios en las procesiones. Palabras del Sr. Olózaga, que pueden leerse en *El Diario de las Sesiones*.»

Ya está en Madrid é incomunicado en la cárcel del Salvador, el representante en Madrid de la *Agencia telegráfica Peninsular*, de cuya captura hemos dado cuenta á nuestros lectores. En la estación del expresado ferrocarril se hallaban las autoridades correspondientes, las que se entregaron de este sujeto, y fué trasladado inmediatamente á la cárcel del Salvador, donde se le habrá recibido la correspondiente declaración indagatoria. El juzgado del Centro es el que ha de entender en este delicado asunto.

El Consejo de Estado en pleno ha resuelto ayer la cuestión del emplazamiento del puente que debe colocarse en el ferrocarril de Valencia á Tarragona, cerca de la estación de Tortosa, conforme á los deseos y reclamaciones de los tortosinos.

La diputación provincial ha celebrado ayer su última sesión en la presente temporada.

Anteayer fué electo diputado á Cortes por el distrito de Villavieja, provincia de Oviedo, el Sr. D. Plácido de Jove y Hevia.

Anteayer, según un festivo colega, á última hora, dando por segura la crisis ministerial y por positivo el llamamiento al palacio del marqués del Duero, corría en los círculos políticos, y se comentaba deliciosamente en el *Coro de ángeles*, la siguiente candidatura para reemplazar al actual gabinete:

Presidencia del Consejo sin cartera, á fin de poder paplear en las demás.—El marqués del Duero. Estado.—D. Manuel Alonso Martínez. Guerra.—El general O'choa (D. José). Ultramar.—El marqués de la Habana. Gracia y Justicia.—El vizconde de Cuba. Marina.—El general Vargas, ex-capitán general de Santo Domingo. Gobernación.—El general Echevarría, gobernador civil que fué de la Habana. Fomento.—D. José Casado y Sanchez, diputado á Cortes. No había podido hallarse ministro de Hacienda, pero el general Concha (D. José), se había ofrecido á encargarse interinamente de esta cartera. La política del ministerio se formularía de este modo: Política exterior á la *Miraflores*. Política interior á la *Vaandoo*. Disolución del Congreso y elecciones generales á la *Casado*.

Reorganización de la Infantería á la *Duero*, con arreglo á cualquiera de los seis proyectos presentados por la junta consultiva de que D. Manuel es presidente, y aplicación de la táctica de este á todas las armas del ejército.

Grandes reformas en la isla de Cuba, puramente administrativas, á la *Concha*.

Esternimiento seguro de la insurrección de Santo Domingo á la *Vargas*.

Abandono inmediato de la isla *Española* después de hecha *Africana*.

Idem, idem de las islas Chinchas.

Traslación del gobierno de estas islas al cayo de los Jardilleros (Cuba), donde el general Concha se empeñó en hacer ser preciso abono, y en efecto, no lo halló después de hacer allí gastos considerables bajo la acertada dirección del entonces coronel Llorente.

Restauración de la *armada Invencible*.

Canalización del río Guadalquivir, que fecunda y á veces inundaba las vegas de algunos pueblos del distrito electoral del ministro de Fomento.

La *Gaceta* publica ayer, sancionadas por S. M., las leyes votadas en Cortes autorizando al ministro de Hacienda y al Banco de España para llevar á cabo una operación de crédito, y la relativa al arreglo de la moneda española.

En otro lugar insertamos la primera, y mañana daremos cuenta á la segunda.

En otros lugares aparecen en la *Gaceta* de ayer los estatutos y reglamentos, para el régimen y administración de la *Campaña general de crédito, depósitos y fomento*.

Acercos de las escaseces que sufre el Tesoro, dice anoche *El Pueblo*:

«Un asustador nos dice que son tantos los apuros del Tesoro, que desde el mes de febrero se está estudiando á las direcciones del Estado las cantidades que al material se consigan en los presupuestos, y que para hacer frente al pago del semestre de la Duda que vence en fin de Junio, no se han satisfecho hasta la fecha las gratificaciones de Mayo, las cuales se abonar para servicios especiales.

Se han concedido por ley las siguientes autorizaciones: A la diputación provincial de Badajoz, para contratar un empréstito de 12 millones de reales para obras de carreteras no comprendidas en las costeadas por el Estado, quedando facultada para llevar á efecto el empréstito en seis series de dos millones cada una, realizables en igual número de años, y en acciones de 2,000 reales con el interés máximo de 6 por 100; pudiendo ser estas divididas por décimos, si así lo estimare conveniente. A voluntad de la diputación las emisiones se harán en títulos al portador con todo el interés máximo designado, ó dividiéndolo prudencialmente de manera que una parte constituya la renta fija de las obligaciones, y otra se destine á premios periódicamente distribuidos por suerte, entre las obligaciones que deban ser anualmente reembolsadas.

A la de Huelva otro de ocho millones de reales con igual destino, quedando facultada para realizar este empréstito por subasta pública en tres emisiones de igual cuantía con el intervalo de un año cada una, y el interés legal de 6 por 100; las dos primeras de tres millones y la última de dos.

A la de Murcia otro de doce millones de reales para idéntico objeto, quedando facultada para realizar el empréstito en dos ó más emisiones independientes una de otra, y cuando necesite aplicar las sumas á obras previamente autorizadas, y con el interés legal de 6 por 100.

Las diputaciones provinciales quedan obligadas á consignar anualmente en su presupuesto hasta la completa extinción del empréstito, la cantidad necesaria para pago de intereses y amortización de las obligaciones que emita.

El Tribunal Supremo de Justicia ha establecido la siguiente jurisprudencia:

«Que según el fuero único de *testamentis civium*, y el 6.º de *testamentos*, pueden los padres en Aragón instituir herederos á uno sólo de sus hijos, dejando á los demás lo que los plazca de sus bienes; derecho con el cual están en armonía el Fuero 1.º y las observancias primera y segunda *De rebus vincularis*, y asimismo la sentencia del Tribunal Supremo de Justicia de 15 de Diciembre de 1858.

«Que no puede admitirse como doctrina de jurisprudencia en aquel país, por no constar auténticamente, la de que sea necesario conceder por equidad un suplemento de legítima para evitar la desigualdad entre el haber del heredero y delos demás hijos del testador.

«Que por la real cédula de 30 de Mayo de 1830, comprensiva del auto 3.º, tit. 10, libro 5.º de la Nueva Recopilación, y de todo lo demás que sobre la propia materia se había mandado y resuelto posteriormente á propuesta del Supremo Consejo de Castilla, se halla dispuesto: primero, que no valgan las mandas que fuesen hechas en la enfermedad de que uno muere, á su confesor sea clérigo ó religioso, ni á dando de ellos, ni á su iglesia y religión; segundo, que tampoco valgan las herencias dejadas en iguales circunstancias á los expresados confesores, sus parientes, religiones ó conventos; y tercero, que cuando los testadores dejan por herederos á sus almas ó los de otros, ó por vía de mandas ó legados señalen sufragios, algunos ó de cualquier modo los manden hacer, no puedan estos encargarse á otros confesores, parientes, religiones ó conventos.

«Que estas prohibiciones no pueden ni deben ser aplicadas sino en su tenor literal, ya porque así señaladamente lo propuso y obtuvo el Consejo respecto de la primera, ya porque desde un principio manifestó temores de ir tan allá como sería conveniente, y ya, en fin, porque después nunca probó la providencia general que primeramente indicaba como provechosa, sino que se concretó á los casos que la real cédula expresa.

«Que en ninguno de estos casos se halla comprendido el abcauzago que un testador confiere á su confesor, porque ni aparece que mediase mandado ó institución de heredero ó encargo de sufragios, ni aquel cometido implica la precisión de ninguna de tales cosas.»

(Gaceta del 24 de Junio.)

CORREO EXTRANJERO.

PARTES TELEGRÁFICAS.

Londres 27.—Nada puede asegurarse respecto á la decisión del gobierno en vista de la ruptura de las hostilidades: mientras el *Morning Post* cree hoy que la guerra es inevitable y aconseja al gobierno que se lance á ella, otros diarios felicitan al gobierno por su actitud pacífica.

Times asegura que el gobierno declaró en las Cámaras que la política inglesa será pacífica sin que por esto nieguen la posibilidad de tomar una parte activa en la cuestión dinamarquesa si las circunstancias llegaran á exigirlo. Inglaterra cree necesaria para Europa la existencia de la diastasia dinamarquesa.

Paris 26 (por la tarde).—La sesión de la Conferencia de ayer ha sido muy tranquila. Los beligerantes han leído sus declaraciones esponiendo á su modo de ver el estado de la situación actual.

Lord Russell ha resumido los trabajos de la Conferencia, expresando el voto de que cualquiera que fuese el desenlace de la lucha, pudiera conservarse la independencia de la monarquía danesa, á cuya manifestación se han adherido los neutrales.

Se cree que las hostilidades empezarán mañana. Catorce buques de guerra daneses están cruzando entre Kiel y Teñniar.

El Monitor anuncia que el gobierno de Turin ha tomado todas las medidas para reprimir cualquier tentativa de desorden por parte de los partidos estremos.

Londres 26.—La Conferencia de Constantinopla ha sancionado el arreglo de la Puerta con el príncipe Couza.

Londres 27 (por la noche).—Los ministros han declarado en las Cámaras que Inglaterra no tomará parte en la guerra por Dinamarca. La oposición presentará un voto de censura á la política general del ministerio.

En Dinamarca ha causado mala impresión el envío de una escuadra inglesa al Báltico; pues dominando su escuadra en dichas aguas, la presen-

cia de la escuadra inglesa entorpecería las operaciones.

Southampton 27.—Ha llegado un oficial de la escuadra española de las islas Chinchas con pliego del general Pinzon para el gobierno español. Los españoles de Cuba han hecho blindar una fragata extranjera para el Perú. Hasta el 12 no había ocurrido novedad en Puerto-Rico.

Londres 28.—El gobierno inglés ha declarado en las Cámaras, al exponer el resultado de la Conferencia, que Inglaterra no se halla dispuesta á hacer la guerra por Dinamarca.

La oposición presentará con este motivo, el jueves próximo un voto de censura, cuyo éxito es muy dudoso, porque se espera que voten con el gabinete todos los partidarios de la paz.

GARIBALDI EN LA ISLA DE ISCHIA.—AGITACION EN NAPLES.

Nápoles 20 de Junio.—A las diez de la mañana de ayer llegó á la inmediata isla de Ischia el general Garibaldi, sin que se tuviera noticia de su venida hasta muy pocas horas antes de su arribo.

El general desembarcó poco después de fundado el que le condució, y se instaló en la casa que había mandado alquilar de antemano. Apenas cundió la noticia de su llegada, cuando una multitud de gentes de todas clases invadió las cercanías de su casa y permaneció allí todo el día, guardando un ademan respetuoso. Habiéndole ofrecido el comandante de la guardia nacional una guardia de honor, el general no la aceptó, aunque dando las gracias por la atención.

Han venido con el general el Dr. Albanese, sus hijos políticos Menotti y Ricotti, su secretario el Sr. Basso y otras cinco ó seis personas, incluidos dos criados. Dicese que vuelve á darle bastante la herida del tobillo, y que empezará hoy mismo á tomar los baños minerales.

En Nápoles luego que se supo la llegada del famoso guerrillero, se notó cierta agitación que tal vez hubiera podido dar margen á algún disgusto, si el partido exaltado hubiese tenido noticia anticipada de la venida de su ídolo y por consiguiente del tiempo suficiente para preparar el terreno; pero dice que están ya preparando una manifestación patriótica. Desde esta mañana corren voces de que Garibaldi hace ánimo de venir á esta capital con objeto de visitar á sus amigos, aunque otros aseguran que no vendrá y que está resuelto á hacer una vida sumamente retirada.

Ayer noche se trataba de inducir al ayuntamiento á que enviase el general una diputación para felicitarle; pero se ignora si esta idea será aprobada por la municipalidad. Corren toda clase de rumores sobre el objeto verdadero de este viaje de Garibaldi que algunos pretenden tiene planes políticos prontos á realizarse, contribuyendo á dar pábulo á estas suposiciones la presencia del duque de Sutherland, que va acompañando al general.

Lo cierto es que el general Lamarmora, comandante general del reino de Nápoles que debía salir con licencia dentro de dos ó tres días para un viaje al extranjero, ha suspendido su marcha; esto contribuye más y más á dar consistencia á los rumores que inspiran la esperanza de Garibaldi en la bahía de esta hermosa capital.

Por último, el diario de esta capital titulado *Roma*, decía hace dos días lo siguiente:

«La marcha del general Lamarmora en los momentos mismos en que abandona á Caprea Garibaldi y se dirige al Mediodía de Italia es una coincidencia, cuya significación á nadie se ocultará. Según todos los informes que tenemos, es evidente que estamos muy próximos á graves acontecimientos, que tal vez estallarán la primera quincena de Julio inmediato.»

Como complemento de noticias relativas al reciente combate del corsario confederado *Alabama* con la corbeta federal *Kearsage*, insertamos á continuación el parte oficial que ha publicado el valiente capitán del *Alabama*:

«Southampton, 21 de Junio.

El 19 de Junio, entre nueve y diez de la mañana, salió de la rada de Ouerburgh para combatir con el steamer enemigo *Kearsage*, que se encontraba á largo 9 mil as de distancia.

En los cuartos de guerra empleamos en aproximarnos, y cuando estábamos á una milla de distancia rom el fuego, respondiendo el enemigo con vivacidad algunos minutos después, y comprometiéndose un combate entre los dos buques, que describían un círculo conservando entre sí una distancia que variaba entre un cuarto y media milla.

Bien pronto el fuego se hizo excesivamente mortífero; las bombas y las balas llovían sobre nosotros, y muchos hombres caían heridos en diferentes puntos del buque. Después de una hora y diez minutos, comprendí que nuestro navio iba á sumergirse.

Los proyectiles enemigos habían abierto entre los puentes grandes brechas, por las cuales el agua penetraba con violencia. Ordené que se hiciera fuerza de vapor y de velas, con la esperanza de ganar las costas de Francia; pero el agua continuaba entrando de tal manera, que nuestros hornos se apagaron y era inminente la sumersión.

Queriendo evitar que continuase el fuego enemigo, hice arriar el pabellón y envié un bote para advertir del estado en que nos encontrábamos. Aunque sólo nos separaba una distancia de 600 yardas, el enemigo disparó cinco veces sobre nosotros aún después de arriar el pabellón, y muchos hombres fueron peligrosamente heridos por estas descargas. Fue preciso ocuparse entonces de los heridos y de los que no sabían nadar, colocándolos en las chalupas, y por orden mia todos los hombres que podían sostenerse sobre el mar se arrojaron al agua, y cada uno buscó el medio de salvarse á nado.

El enemigo no nos envió embarcaciones hasta que nuestro buque se sumergió por completo. Felizmente el *yacht* de vapor *Deerhound* perteneciente á M. John Lanchester, que se hallaba á su bordo, avanzó por en medio de las personas que estaban á nado, y recogió gran número de oficiales y marineros; y yo mismo tuve la fortuna de salvarme al abrigo de este pabellón neutral con otros 40.

Entonces fué cuando el *Kearsage* envió una ó dos de sus embarcaciones menores. Dos lanchas de marineros franceses que se encontraban en estos sitios salvaron también alguna gente.

Parece que el buque enemigo estaba blindado, lo cual ha contribuido eficazmente á preservarlo del efecto de nuestras balas y bombas. Pero, sin embargo, sufrió grandes averías.

Debo decir que á mi bordo, oficiales y soldados han cumplido su deber bravamente y dignamente, y puedo agregar: *todo se ha perdido, menos el honor*.

Entre los valientes merece especial mención M. Schell, mi subteniente, que ha demostrado la mayor previsión, y durante la lucha una sangre fría admirable.

No hemos sabido, hasta después del combate, que habíamos tenido que combatir con un buque blindado.

Nuestra pérdida total es de 30 hombres: 9 muertos y 21 heridos.

Tengo el honor, etc.—Pirmado, R. Semmes, capitán.»

SECCION OFICIAL.

2.º El Banco de España emitirá 1,300 millones de reales en billetes hipotecarios al portador y a la orden con interés de 6 por 100 al año desde el 1.º de Julio de 1884, que se aplicarán a negociar los billetes de 500 y 1,000 reales, por la par y se amortizarán a vencimientos fijos, por el 5 por 100, en los términos siguientes: a) Los billetes de 500 reales se amortizarán anualmente por el 5 por 100 del importe de los billetes de 500 reales para mismo abono de interés y amortización de los billetes de 1,000 reales, que se pagarán por semestros. b) Se pondrán desde luego en circulación 100 millones de reales de billetes hipotecarios, amoldándose esta suma hasta la totalidad de la emisión, a medida que se entreguen al Banco de España las obligaciones necesarias para completar los 1,300 millones de reales que se fijan en la condición 1.ª

3.º El Banco de España cobrará a su vencimiento las obligaciones, y pagará en los suyos respectivos los intereses y el capital de los billetes hipotecarios. Por razón de gastos de comisión, giro, movimiento de fondos, confección de billetes y demás, se abonará al Banco de España un por 100 sobre el total de las obligaciones que cubre de vencimientos posteriores al 30 de Junio de 1885.

4.º El Banco de España domiciliará el pago de intereses y capital de los billetes en sus comisarías de las provincias, cuando lo pidan los tenedores con tres meses de anticipación por lo menos.

5.º El Banco de España entregará al Tesoro 500 millones de reales efectivos contra igual cantidad de billetes hipotecarios; si la emisión se hiciera con sorteo, el Banco recobrará los expresados 500 millones de billetes de ambas clases en la proporción correspondiente. Los billetes a plazos fijos se aplicarán proporcionalmente de todos los vencimientos.

6.º El Tesoro público reembolsará al Banco de España el importe de las obligaciones que no hicieren efectivas a su vencimiento los compradores que las suscribieron, y las que estos retiran por usar de la facultad de descuento que les conceden las leyes de 1.º de Mayo de 1855 y 11 de Julio de 1856. En caso de quedar en descubierta el Banco de España se le abonará el interés que en las operaciones respectivas se le aplicó para sus demás operaciones con el Tesoro público.

7.º El Banco presentará anualmente al Gobierno cuenta de la cobranza de las obligaciones y de los pagos que hubiere realizado por capital e intereses de los billetes hipotecarios, haciendo el abono mutuo de intereses con arreglo a la condición anterior desde la fecha en que una y otros se hubieren realizado. Las diferencias en pro y en contra que resulten deberán ser recíprocamente reintegradas con abono del interés correspondiente. Los intereses que el Banco de España ha de abonar al Tesoro público por las obligaciones que cubre, se computarán desde el día último del mes siguiente al en que venzan hasta fin de Mayo o fin de Noviembre de cada año, según los respectivos semestros.

8.º Los billetes hipotecarios que el Banco de España ha de emitir con arreglo a las condiciones que trata el presente artículo y que en esta condición se le aplican, cuando lo pidan los tenedores con tres meses de anticipación por lo menos, se consignarán en la Caja de depósitos con destino exclusivo al pago de sus obligaciones.

9.º El Gobierno fijará un plazo durante el cual los imponentes en la Caja de depósitos tendrán preferencia para convertir sus créditos en billetes hipotecarios del Banco de España de la emisión que autoriza esta ley. Esta ley no se aplicará a la par, mediante la correspondiente liquidación de intereses.

10.º Trascorrido el plazo que se señala, el gobierno podrá realizar la negociación de billetes que resulten existentes en la Caja de depósitos por suscripción o licitación pública a la par y el valor que produzca ingresará en aquel establecimiento y se aplicará a extinguir el descubierta del Tesoro público por los suplementos al presupuesto extraordinario del Estado por fin de Junio próximo, y el de los ordinarios anteriores a 1884, igual aplicación en la parte necesaria se dará a las cantidades que el Banco de España entregue por consecuencia de la condición 7.ª del art. 1.º

11.º Se autoriza al gobierno para emitir y negociar por inscripción o licitación pública títulos de la Deuda consolidada al 3 por 100 interior y exterior en cantidad bastante a producir 600 millones de reales efectivos, aplicándose 450 millones de reales a extinguir igual cantidad del descubierta del Tesoro público por el déficit de los presupuestos ordinarios del Estado de 1859 y siguientes, hasta fin de Junio, y 150 millones de reales a satisfacer los gastos que fuesen indispensables en Ultramar. Se entregará a la Caja de depósitos de dichos 450 millones de reales la parte del citado déficit que se hallase atendida con entregas de aquel establecimiento.

12.º El gobierno dará cuenta anualmente a las Cortes del uso que hiciera de las autorizaciones que se le conceden por la presente ley.

13.º Por tanto mandamos a todos los tribunales, justicias, jueces, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquier clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar la presente ley en todas sus partes.

Palacio de veintiseis de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro.—Yo la Reina.—El ministro de Hacienda, Pedro Salaverria.

MISCELANEA UNIVERSAL.

BOLETIN RELIGIOSO.—San Pedro y San Pablo, apóstoles.

San Pedro, príncipe de los apóstoles, cabeza visible de la iglesia de Jesucristo y Vicario en la tierra, se llamaba Simon antes de su vocación al apostolado: fué de Bethsaida, hijo de Jonás ó Juan, pescador de profesión, pero hombre de mucha bondad. Cuando se ofreció a acompañar al Salvador, este le puso el nombre de *Cephas*, que quiere decir *Pedro*; como reconociese y confesase ya Dios a su maestro por hijo del verdadero Dios, fué bastante para que le dijese estas palabras: *«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia.»* En todas ocasiones distinguió Cristo a nuestro santo con singulares favores, por lo que ningún discípulo le profesaba más tierno amor. Solo Pedro, en compañía de Juan, tuvo valor para seguir a Cristo hasta la casa de Caifás, pero conocido por uno de sus discípulos, cayó en la flaqueza de negar por tres veces que conociese a tal hombre. Acordóle su miseria el canto del gallo, como se lo había pronosticado el Salvador, reparando con amargas lágrimas su debilidad. Después de gobernar la iglesia y conquistar multitud de almas con la elocuencia de su predicación y continuos milagros que obraba, cayó en poder de Nerón, y en unión de Pablo sufrió el martirio. San Pedro fué crucificado cabeza abajo, y le enterraron en el Vaticano, y San Pablo fué degollado y enterrado en la vía Ostiense. El tránsito de estos ilustres varones se verificó a una misma hora el día 29 de Junio del año 68 de Jesucristo.

CULTOS.—Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la parroquia de San Pedro. A las diez se cantará misa solemne en la que pronunciarán las glorias del santo titular el Sr. D. Baltasar García, cura propio de dicha iglesia; a las seis de la tarde se cantarán solemnes completas, a las que seguirá la reserva de S. D. M.

En la iglesia de presbíteros naturales (calle de la Torrejilla del Leal) se celebrará solemne misa a su titular. A las diez y media se cantará la misa solemne, en la que pronunciará el elogio del Santo el Sr. D. Casimiro de Erro; por la tarde a las seis se cantarán solemnes completas, finalizando con una solemne reserva. Asistirá una lucida orquesta.

Visita de la corte de María.—Nuestra Señora de Monserrat en su iglesia.

CHISTES Y ANÉDOTAS.—Viene V. a los Campos, Sr. Kraskoski?
—Yo soy polaco, caballero.
—Y eso, ¿qué importa?
—Que no voy.
—¿Por qué?

—Porque me van a precipitar de la montaña rusa.

—Esto oímos en los Campos Eliseos:
—Mujer, dame los gemelos.
—Para ver el baile y las bailarinas no se necesitan gemelos.
—Pero mujer...
—Nada; los gemelos son para var los leones y los toros.

—Legó un rico enfermo, un cuantioso legado, a un antiguo criado; y cuando éste muerto su amo fué a reclamar de los albaceas lo que debían entregarle no se lo quisieron dar.

Preguntó el motivo y le contestaron que el legado era condicional; que decía se lo dejaba a él, es verdad, nombrándolo por su nombre; pero exigía que le cerrase los ojos en su última enfermedad; lo cual no había cumplido por causa de que el testador era tuerto y de consiguiente sólo había cerrado un ojo.

—Para vivir a gusto—se casó doña Juana con don Justo—y al mes de matrimonio—a los esposos se llevó el demonio.

Esto prueba mortales—lo breve de las dichas conyugales.

—Pedro, dice la verdad.—¿Por qué siendo tu mujer,—mas mala que Lucifer—la llamas: cara mita?

Tan fácil es la respuesta—que puede ocurrirse a un niño:—¿no es tratarla con cariño:—el decir lo que me cuesta?

—El «Courier de la Vienne» refiere un rasgo de valor, que nos complacemos en reproducir.

Un pastorcillo, de edad de diez años, guardaba su ganado, compuesto de unas veinte ovejas, un caballo y una vaca, junto al cercado de Girandiers, a orillas de un bosque en el comun de Mondion.

Enrique Drouchoux ve de pronto que su ganado se dispersa. Un lobo había cogido por la garganta a una de sus más hermosas ovejas.

El pastorcillo llama a su perro que huía con el ganado. Sin desanimarse por el acto de infidelidad de su compañero, el niño, sin otra arma que su cayado, vuela a la defensa de su oveja. La agarra por una pata y descarga redobladamente golpes sobre la cabeza del lobo, que no le quería abandonar su presa.

Por último, después de una lucha que duró cinco ó seis minutos, el lobo acerbillo y golpeado, y atemorizado por los gritos del niño, huye precipitadamente.

El pastorcillo llama y busca a su ganado disperso. Todo había desaparecido. Ovejas, caballo, vaca y perro. Solo con la víctima del lobo se echaba a llorar, y vuelve tristemente a casa de su año. ¡Cuán no fué su alegría al encontrar todos sus súbditos, sin excepción, reunidos en el establo! Tan generoso como valiente, Enrique Drouchoux defendiendo al perro contra la ira de su amo, diciéndole que quizás no vería al lobo, y logró el perdón de su camarada, gracias a la vuelta al establo del ganado perseguido.

—La crónica parisiense de «L'Independence belge» cuenta un episodio interesante que ha señalado la apertura de la exposición de nobles artes, y de la industria de Angers.

Prepararon para atraer concurrencia, una cabalgata espléndida, representando la entrada de Francisco I en Angers, y se eligió para figurar al padre de las letras a un joven rico, cuya fisonomía se adaptaba maravillosamente a su papel. Había acudido multitud de gente de toda la Vendée, y el genio apenas cabía en las calles. Mientras desfilaba el cortejo, y el pueblo aclamaba la mascarada, una aldeana llegó a arrodillarse delante del caballo del rey, que se detuvo al verla.

—¿Qué deseas, hermosa mujer?—le preguntó: —¡Ay, mi querido señor!—respondió aquella, que tomaba el serio el ceremonial, solicito una pensión.

—¿Os la concedo,—repuso el rey,—hé aquí el primer mes de vuestra asignación.

Diciendo esto, entregó a la infeliz mujer un billete de cien francos. Desde aquel día jamás le ha faltado a fin de cada mes igual cantidad, y tranquila y satisfecha de su suerte, cree muy formalmente vivir bajo el reinado de Francisco I.

—Un vecino de un pueblo de Cataluña tuvo necesidad de sacar pasaporte para Ibarra (Guaymas). El encargado de llenar los pasaportes, viéndolos en apuros para escribir aquel nombre, preguntó al interesado: ¿le sería a V. igual ir a otro punto?

—Había un perrito y le mordió a D. Lino; rabió D. Lino y le mordió a su suegra; rabió su suegra y le mordió a un vecino; rabió el vecino y le mordió a una negra.

Y entre el perro, D. Lino y el vecino, la suegra y la negra tal armaron, que al alcalde hicieron perder tiempo, y a paros ayes sordos le dejaron.

Esto prueba que ya a las pantorrillas no defienden las célebres morcillas.

ESPECTACULOS.—«La Iberia de ayer, después de reseñar el mayúsculo escándalo que hubo el domingo en la plaza de Toros, añade:

«Concluimos dando una noticia, que no sabemos cómo la recibirá el público. El gobernador civil ha determinado que desaparezcán las banquetas ó asientos portátiles que usaban los espectadores en diferentes localidades. Con esta medida ganarán mucho los acomodadores, que alquilaban estos asientos en su beneficio; ganará también mucho la comodidad del público, y no perderá nada ni será cosa la plaza de Toros, porque ahora tal vez tienen los asientos y los ladrillos en sustitución de las banquetas.

Un medio nos ocurre, puesto que se trata de la comodidad pública. Si desaparecen las banquetas y almohadones porque la autoridad mande quitar los que siempre hay en la plaza y son de la propiedad de los acomodadores, que cada prójimo lleve su asiento debajo del brazo, y así tendrá medio de estar a su gusto y contará con elementos a propósito para cualquier otra eventualidad... que no tardará en presentarse, porque... la empresa seguirá dando toros cobardones, lisiados y cuyo paradero debe ser el corral, previa la exhibición de los castibros.

La cuestión no está en los asientos, sino en el proyecto de los mismos y en lo poco que valen los toros.

Esto lo conoce la autoridad mejor que nosotros.

—Como era de suponer no hubo, según nos dicen, gran concurrencia en la corrida de toros del día de San Juan en el Puerto de Santa María. Ya hemos anunciado que en la de Cádiz había un lleno completo.

Los toros, sin embargo, fueron en el Puerto excelentes, inmejorables, hasta el punto de que a dos de ellos parecía que se perdón la vida a ruegos del público que admiraba entusiasmado su bravura.

Lo mismo que en Madrid.

—Para la noche del domingo se preparan dos bailes en el jardín del circo de Price. Si los farolillos de colores tuviesen lengua, acaso nos veríamos en estos momentos muy curiosos y regalados historias.

Una pareja que se abandona a las hirvientes armonías de la música, es un misterio que da vueltas, un secreto que se mueve.

Una escuela de baile es una tumba de zapatos. El baile es indudablemente la caricatura del movimiento.

En los jardines del circo de Price empiezan ya las primeras lecciones.

Estos bonitos jardines se encuentran bien preparados y las fuentes derraman por doquiera frescura y melodía.

Insistimos en que si hay un poco de variedad en los ejercicios equestres y gimnásticos, se irá haciendo este circo bastante acreedor a la benevolencia del público.

—Hay actualmente en París un hombre de quien se habla mucho en los teatros de última clase, casinos, cafés chantants y otros puntos análogos. Es un emigrado del reino de Haití. Haití quiere civilizarse, es decir, quiere tener teatros, bailarinas, cantatrices, y quiere consumir cerveza al estilo de París. El citado individuo se convierte en empresario de este pedido de civilización dispuesta y arreglada, y firma contratos con una facilidad y generosidad desusadas. Sólo faltaría ahora

que la cosa fuese a parar a la policía correccional, como le sucedió a aquel empresario portugués que contrató a varias bailarinas de los jardines Mabile para llevarlas a Lisboa.

—En el teatro de San Sebastian se dispone una función dramática: los actores son cabos de batallón de cazadores que se halla de guarnición en aquella plaza. Los productos se destinan a aumentar el fondo que el artista Ronconi dejó en aquella población para atender a las desgracias que pudieran ocurrir en el derricho de las murallas.

BELLAS ARTES.—La real Academia de San Fernando ha publicado el segundo cuaderno de los famosos caprichos de Goya. Al dar a luz estas obras originales del gran pintor humorista del siglo actual, no se ha propuesto sin duda la real Academia ofrecer a los señores artistas acabados modelos, los referidos caprichos.

La Academia ha deseado dar a conocer este ingenio verdaderamente original, a propios y extraños; y bajo este concepto es digno de la mayor alabanza.

—El maestro Flotow, autor de la ópera «Martha», ha escrito una nueva partitura que se estrenará en San Petersburgo.

—Los trabajos llevados a cabo por la Academia de San Fernando para la publicación por cuadernos de un álbum de grabados, de que con repetición hemos hablado, se hallan adelantados. Los dibujos que han de servir de modelo para el grabado están a punto de concluirse, y probablemente, pasados los dos meses de vacación, que según el nuevo reglamento debe de disfrutar la Academia, saldrá el primer cuaderno, compuesto de ocho ó diez láminas que representarán entre otras cosas el *San Diego*, de Murillo; *Cuatro frailes*, de Zurbarán; *La muerte de un Santo*, de Alonso Cano; *el San Antonio*, de Rivera; *el Sueño de la vida*, de Paredes; *doña Mariana Ana de Austria*, de Cardaño, y *el Moratín*, de Goya. Estos trabajos están confiados a los artistas en el grabado señores Martínez (académico), Navarrete, Franch, Rosell y algún otro que no recordamos.

—En Viena va a elevarse una estatua a Mozart, en lugar de la fuente que ocupa el centro de la plaza del mismo nombre.

—Se ha cerrado ya al público el palacio de la Exposición de pinturas en París. El gobierno ha comprado gran número de cuadros, empleando en esta compra noventa y cinco mil duros.

—Con el título de «Bocherini» se publica en Florencia un importante periódico musical, que cuenta entre sus redactores al célebre Pacini, y se goza de mucho crédito. En uno de sus números, y en un artículo que lleva por epígrafe *proyecto de un CONGRESO MUSICAL*, hemos tenido el gusto de ver elogiada y recomendada por el erudito maestro Biaggi la *equinotación* del Sr. D. Francisco F. de Valdeano, a proponiéndola como punto de partida para la simplificación de las claves. Mucho celebramos que los extranjeros hagan el debido aprecio de nuestros distinguidos compatriotas, y felicitamos por ello al Sr. Valdeano.

—La academia de San Fernando ha recibido una comunicación del señor obispo de Cartagena en que dice los nombres de los autores de los proyectos propuestos para la indicada corporación para los premios del concurso celebrado para la construcción del retablo de la catedral de Murcia. El autor del proyecto premiado es D. Mariano Pescador y Escarot, profesor de la escuela de Bellas Artes de Zaragoza; y el del accésit, D. Ramon Tenas y Hostench, vecino de Toledo.

—En la actualidad se están recogiendo fondos en Francia para levantar una estatua a Grenze. Esto nos hace recordar los dos hechos siguientes:

El célebre pintor murió en un magnífico día del mes de Junio del año 1805, sumido en la mayor miseria.

Contemplando la esplendente claridad del sol, exclamó:

Magnífico día para emprender mi viaje. Cerca de su lecho se hallaba su amigo Berthelemy.

Berthelemy, le dijo estrechando su mano; tú serás el perro del pobre, porque tú sólo acompañarás mi cadáver.

Y en efecto, Berthelemy acompañó sólo el féretro de aquel hombre, que había visto sentarse en su escalera de pintor a la gran duquesa de Rusia, al rey de Suecia, al emperador de Alemania, a Luis XVI y al gran Napoleón I.

VARIEDADES.

EL CARDO.

POEMA DE OSSIAN.

¡Esta es una historia de los tiempos antiguos! ¡Esta son las proezas de los días de otros años! El murmullo de los bosques, ¡oh Garmallor, cuán dulce es a mis oídos! ¿No ves allá, Malvina, una roca coronada de verdura, en la que tres pinos se inclinan desde su elevada cima?

Verde es el estrecho valle que se extiende a sus pies: allí crece orgullosa la flor de los montes y mezcla sus blancos y puros pétalos el soplo de la brisa: allí se encuentra el cardo melancólico y solitario esparciendo su encanecida barba.

Dos piedras, medio hundidas en el suelo se ven cubiertas de musgo.

El cabrito montés huye de este sitio, porque allí se levanta una sombra oscura. ¡Ah Malvina! En la angosta esplanada de la roca duerme el Poderoso.

¡Esta es una historia de los tiempos antiguos! ¡Esta son las proezas de los días de otros años! ¿Quién es aquel que viene de extranjeras playas, seguido de miles de combatientes? El astro del día espurce delante de él un arroyo de luz, el gélio de la guerra está impreso en su semblante; el viento de las montañas agita sus cabellos.

Su aspecto es tan tranquilo como el lucero de la tarde, que desde las nubes de Occidente mira el silencioso valle de Cona.

¡Es el hijo de Comhal, el rey de las grandes hazañas!

Con el mayor júbilo contempla sus montañas, y ordena que se alean mil armoniosos cantos.

«Hijos de lejanos climas, habeis huido a vuestros países, el ray del mundo descansa en su palacio, y allí escucha la fuga de su pueblo! Al cielo levanta con arrogancia sus encendidos ojos, y empuña la espada de su padre. Hijos de lejanos países, habeis huido a vuestros campos!»

Estas eran las palabras que los bardos cantaban reunidos en el palacio de Selma.

Mil antorchas cogidas entre los despojos de los extranjeros lucían en derredor de la muchedumbre. La fiesta era magnífica y toda la noche se pasó en regocijos.

«En dónde está el noble Clessammor, dijo Fingal, el de la hermosa cabellera? ¿En dónde se halla el hermano de Morven en mis horas de alegría?»

«Triste y oscurecido pasa su vida en el melancólico valle de Lora: mirado; por allí baja de la montaña, semejante al embravecido alazan que sigue a sus compañeros sacudiendo al aire su brillante crin.

«Bendito seas, Clessammor; ¿por qué estás tan lejos de Selma?»

«¿Vuelve el caudillo con su aureola de victoria? dijo Clessammor. Lo mismo tornaba Comhal, el renombrado de los combates en su juventud. Más de una vez hemos atravesado el Carman para ir a los campos de los extranjeros. Nuestras espadas nunca volvían limpias de sangre, ni los reyes del mundo se alegraban. Mas ¿por qué recuerdo los tiempos de nuestros combates? Mis cabellos blanquean: mi

mano ha olvidado tender el arco, y sólo puedo sostener una lanza. ¡Oh! ¡si me fuese dado el encontrarme como cuando vi por vez primera a la joven Moira, la hija de los extranjeros, con su pecho de blanca nieve y ojos azules!»

«¿Cuántanos la historia de tus juveniles años, dijo el poderoso Fingal.

El dolor oscureció el alma de Clessammor como cubre el sol una nube.

«Solitario, a las orillas del Lora mugidor, deben ser tristes tus pensamientos. Deja que escuchemos lo melancólico de tu juventud y lo sombrío y misterioso de tu vida.

«Tuvo lugar en tiempo de paz, contestó el gran Clessammor. Llegué en mi ligera nave a los muros de la torre de Balclutha. Los mugidores vientos bramaban detrás de mis velas, y los ríos de Clutha sostuvieron mi bagel de negra popa. En el palacio de Reuthamir estuve tres días, y allí ví a su hija, aquel rayo de luz. Después del festín el anciano héroe me concedió la mano de la hermosa Moira. Como la espuma de las olas eran sus pechos, y sus ojos resplandecían como las estrellas: negro era su cabello como las alas del cuervo; su corazón, dulce y generoso, grande era mi amor hacia Moira; mi pecho todo contento. A mi encuentro salió el hijo de un extranjero que amaba también a Moira, la del blanco seno. Sus palabras en el palacio eran altivas, y muchas veces llevó su mano a la espada.

«En dónde está, dijo el valiente Comhal, el incansable aventurero de los campos? ¿Viene por acaso a Balclutha con su hueste, y por eso se muestra tan atrevido Clessammor?»

«¿Guerrero! contesté, mi alma está ardiendo de fuego. Mirame rodeado de miles de guerreros y sin miedo. Extranjero, mis valientes están muy lejos de aquí. Tus palabras son orgullosas, Clessammor está sólo, pero en mi costado se estrema ce la espada, y ansia brillar en mi mano. Hijo del pérfido Clutha, no habes más de Comhal.

Su orgullo no tuvo límites. Luchamos y cayó a los golpes de mi espada.

Las orillas del Clutha resonaron al estruendo de su caída: mil lanzas brillaron con fulgor extraño. Combatí, los extranjeros me amagaban por todas partes y me arrojó al río de Clutha.

Tendíronse mis blancas velas sobre las olas y atravesé el mar oscuro.

Moira descendió a la playa, y de sus enrojecidos ojos brotó un copioso llanto. Sus cabellos flotaban esparcidos al viento, y oía a lo lejos sus gritos y suspiros lastimeros.

Después he guiado hacia allá mi nave, pero los vientos del Este entorpecieron mi rumbo.

Desde entonces no he vuelto a ver a Clutha, ni a Moira, la de los negros cabellos. Debí morir en Balclutha, pues se me ha aparecido su sombra. Reconocía al traspasar las tinieblas de la noche, junto al murmullo del Lora. Parecía la luna nueva al través de la agrupada niebla, al caer del cielo copos de nieve y cuando está el mundo sombrío y silencioso.

«Cantad, bardos, alabanzas de la desgraciada Moira, dijo el poderoso Fingal»

Atraer con vuestros aceros su sombra a nuestras colinas, para que duerma y deseñe junto a la belleza de Morven, el sol refulgente de otros tiempos, e embeleso y deleite de los antiguos guerreros.

También he visto las murallas de Balclutha; en el suelo yacían arruinadas. El fuego ha visitado sus palacios y en vano se buscará en ellos la voz del pueblo.

El río de Clutha salió de su lecho, oprimido por el peso de los muros. El cardo sacudía su solitaria flor, y en el musgo silbaba el soplo del vendaval. La zorra acechaba las ventanas, y la yerba crecida oscilaba ya a un lado ya a otro.

La mansión de Moira duerme en el silencio, y la melancolía habita sola en la mansión de sus padres.

¡Entonad, bardos, el canto fúnebre sobre la tierra de los extranjeros! Han muerto un poco antes que nosotros; pero se aproxima el día de seguirlos.

«¿Para quién levantas ese palacio, hijo del liviano tiempo?

«Hoy acaso puedes mirar desde sus torres, dentro de algunos años, el viento de la soledad correrá dentro de ellas, bramará en sus patios desiertos y silbará en derredor de tu borrado escudo.

«Cuando zumbó el viento de la soledad, la fama acompañará nuestra memoria! Las hazañas de mi brazo se recordarán en los combates, y mi nombre en los himnos de los bardos.

«Cantad para que siga el festín! Que la alegría resuene en mi palacio!

«¿Cuándo morirás tú, sol del cielo! Si tu antorcha prepotente se ha de extinguir, si tu resplandor es tan frágil como la vida de Fingal, nuestra fama vivirá más que tú a yos!»

Este era el canto de Fingal en el día de su alegría. Sus mil bardos se inclinaron hacia adelante desde sus asientos para oír la voz de su rey, semejante al sonido del arpa traído por la brisa de la primavera.

«Fingal! Tus pensamientos salían llenos de sentimiento. ¿Por qué no fué dado a Ossian tener la fuerza de tu alma? Pero tú eres solo, padre mío. ¿Quién puede compararse con el rey de Selma?

«La noche se pasó cantando, y la mañana llegó en medio de la mayor alegría. Los montes mostraban sus pardas cimas, y la azulada superficie del Océano parecía sonreír. Las blancas olas jugueteaban con las distantes rocas.

De repente alzóse una niebla lentamente del lago, y estendiéndose por el silencioso llano, en figura de un caduco anciano. Sus miembros gignescos apenas se movían al impulso de sus pisadas, una sombra se sostenía en el aire.

Adelantóse hacia el palacio de Selma, y se deslizo en una lluvia de sangre.

El rey, al mirar este espectáculo, preveyó la muerte de su pueblo. Con el mayor silencio se dirigió al palacio y empuñó la lanza de su padre. Crugió sobre su pecho la armadura, y sus guerreros le rodearon, mirándose silenciosos unos a otros, señalando los ojos de Fingal.

En su semblante estaba pintada la guerra, y en su lanza la derrota de los ejércitos.

A la vez de las mil espadas que se desenrollaban se embranzaban mil escudos.

«El crugir de las espadas se aumenta y los pardos lebreles ladran desde sus manidas. Mudos están sus poderosos, y fuertes jefes. Todos a un tiempo señalan los ojos del rey mientras blanden sus lanzas.

Al fin exclama éste: «Hijos de Morven, pasó el tiempo de los festines. El sombrío combate se adelanta hacia nosotros, y la muerte se inclina sobre nuestro país. Una sombra protectora de Fingal nos anuncia la invasión del enemigo. Los hijos del extranjero vienen del oscuro y borrascoso mar, porque del agua salió la señal del peligro de Morven. Empuñemos la pe-

sada lanza y cifámonos las espadas de nuestros padres. Cúbranse todas las cabezas con el negro yelmo, y en todos los pechos brille la reluciente armadura. El combate se aproxima como una tempestad; el ruido de la muerte pronto resonará en nuestros oídos.»

Marchó el héroe al frente de su hueste semejante a una cresta de amarillento fuego, cuando avanzaba de noche por el firmamento y los marineros auguraban una tempestad.

Detuviéronse al tocar el elevado valle de Cona. Las doncellas de seno blanco los contemplaban como un espejo bosque desde lo alto. Temblaban por el estermínio de la juventud mirando con espanto hacia la mar.

Las blancas olas les parecían lejanas velas y las lágrimas se deslizaban silenciosas por sus mejillas.

Levantóse el sol sobre el mar y vieron en lontananza una flota. Aceróse como la niebla del Océano y arrojó sobre la orilla sus guerreros. El jefe estaba en medio de ellos como el cuervo en medio de su manada. Su escudo estaba guarnecido de oro: el rey de las lanzas marchaba con majestad.

Encaminóse hacia Selma: seguíanle detrás seis mil guerreros.

«Id con el canto de paz, dijo Fingal, id, Ullin, al rey de las espadas. Decidle que somos terribles en la guerra; que son muchas las sombras de nuestros enemigos; pero que también son famosas las que han gozado del festín en mis palacios. Ellos muestran en tierras extranjeras las armas de mis padres. Los hijos de los extranjeros se admiran y bendicen a los amigos de la raza de Morven, porque nuestros nombres han resonado muy lejos, y los reyes del mundo se estremecieron al mirarse en medio de su hueste.»

Ullin marchó con el canto.

Recostóse Fingal en su lanza: miró armado al poderoso enemigo y bendijo al hijo del extranjero.

«¿Cuán majestuoso eres tú, hijo del Océano! dijo el rey del frondoso Morven. Tu espada es un rayo de fuego en tu costado, tu lanza un pino que desafia la tempestad. El fulgente disco de la luna no es más grande que tu escudo. Tu rostro juvenil ostenta el más puro sonrosado. ¡Suaves son los rizos de tu cabellera! Pero puedes caer